

*Guardarse*¹

Prácticas de (in)visibilización y agenciamiento de las personas transfemeninas del Área Metropolitana de Buenos Aires

POR MARIANA ÁLVAREZ BROZ²

*No existen dos géneros,
existe sólo uno: el de cada cual*
EFFY BETH

Resumen

Este artículo versa sobre las trayectorias de vida de las personas transfemeninas. El propósito es mostrar las especificidades que conllevan sus experiencias de desigualdad, con la intención de relativizar la creencia –cristalizada en el sentido común– de que las travestis y las transexuales vinculadas a la prostitución son las únicas que están atravesadas por situaciones de desventaja y vulnerabilidad social. Esto implica complejizar la mirada y el análisis sobre otras formas de desigualdad y otras dinámicas de producción de disparidad social dentro de la comunidad travesti-trans aparentemente más nimias y sutiles pero no por ello menos perniciosas para quienes las padecen y las sufren.

Palabras clave: personas trans-trayectorias de vida- desigualdad-agencia

Abstract

This article analyze the trajectories of the lives of transfemale people. The purpose is to show the specificities that imply their experiences of social inequality, with the intention of relativizing the belief -crystallized in common sense- that travestite and transpeople are the only ones that are crossed by situations of disadvantage and vulnerability. This implies a refine the look and analyze other forms of inequality and other dynamics of production of social disadvantage in the travestite-trans community, apparently more subtle but not harmful for those who suffer.

Key words: trans people- trajectories of life-inequality-agency

1 “Guardarse” es un término nativo con el cual mis informantes refieren al hecho de postergar su expresión social del género femenino y su visibilización como una persona trans con el propósito de preservarse de posibles situaciones de estigmatización, discriminación y violencia.

2 Co-directora del Programa de Estudios sobre Sexualidades, Géneros y Violencias con sede en IDAES-UNSAM. Contacto: mariana.c.alvarez@gmail.com.

Introducción

Este artículo es producto de una investigación sobre la comunidad travesti-trans del área Metropolitana de Buenos Aires que realicé durante el período 2013-2016. El objeto de la investigación fue indagar y analizar las formas, los procesos y las relaciones de igualdad- desigualdad que atraviesan a la comunidad travesti- trans desde una perspectiva relacional (Reygadas, 2008), atendiendo de manera dialéctica tanto a los mecanismos que la producen, legitiman y la hacen persistente (Tilly, 2000) como a aquellas prácticas agentivas (Ortner, 2016) desplegadas por los sujetos para cuestionarla, limitarla, subvertirla y/o transformarla.

Con ese propósito reconstruí distintas trayectorias de vida de personas trans, hecho que me permitió poner en evidencia la heterogeneidad y la variabilidad (a lo largo del tiempo) de experiencias de desigualdad social dentro de la comunidad travesti-trans.

En esta oportunidad me interesa mostrar las trayectorias vitales de las transfeminidades³ (TF) y las especificidades que conllevan sus experiencias de desigualdad, con la intención de relativizar la creencia –cristalizada en el sentido común– de que las travestis y las transexuales vinculadas a la prostitución (TyT) son las únicas que están atravesadas por situaciones de desventaja social. Esto implica complejizar la mirada y el análisis sobre *otras formas de desigualdad y otras dinámicas de producción de disparidad social dentro de la comunidad travesti-trans* aparentemente más nimias y sutiles pero por ello menos perniciosas para quienes las padecen y las sufren.

Durante mi trabajo de campo escuché, en reiteradas oportunidades, que son las travestis y transexuales vinculadas a la prostitución quienes están más expuestas a diversas situaciones de vulnerabilidad social, desestimando o quitándole el peso que pudieran tener otras experiencias de vida de personas trans. Esos pareceres se ponen en tensión con lo que me dijo Débora el primer día que me reuní con ella en un bar a pocas cuadras de su casa en el barrio porteño de Caballito. “Yo siempre supe que tenía que *guardarme* y esperar, armarme de recursos, garantizarme un trabajo para poder vivir, estar preparada para lo que pudiera venir, porque sabía que iba a estar en desventaja, y eso hice...me guardé”.

Fue a partir de ese primer acercamiento que me propuse conocer ¿Cómo son las trayectorias de vida de las transfeminidades (TF) no vinculadas a la prostitución? ¿Cómo fueron sus infancias? ¿En qué momento asumieron su identidad de género? ¿Qué consecuencias trajo aparejada? ¿De qué viven? ¿A qué desventajas se hallan expuestas? ¿Cómo hacen para sobrellevar esas situaciones?

Abordé esta investigación a partir de la noción de *trayectoria* en tanto ofrece elementos que contribuyen a una acabada comprensión del entramado del sujeto con lo social (Bourdieu, 1977). Desde el campo de la sociología se considera que

3 Denomino “transfeminidades” a aquellas personas trans que se identifican, aunque de manera heterogénea con “lo femenino”, y cuyas trayectorias no están vinculadas a la prostitución. Dentro de esta categoría analítica, algunas formas de identificación que ellas utilizan son: “mujer trans”, “mujer transexual”, “mujer”, por mencionar algunas.

el estudio de las trayectorias vitales permite obtener informaciones biográficas y además posibilita una contextualización de los procesos, es decir, la vinculación entre la biografía individual y las características estructurales de la situación histórica vivida (Bertaux, 1999).

Trabajé, específicamente, con el método conocido como “relato de vida” (*lifestories*) –en su variante interpretativa comprensiva (Bertaux, 1981) con el propósito de identificar y describir los “índices”, entendidos como aquellos aspectos que son reconocidos tanto por las autoras del relato como por quien lleva adelante la investigación en tanto hechos que han marcado, sociológicamente hablando, la experiencia de vida de los sujetos.

Me interesó esta perspectiva en tanto supone un proceso activo por parte de quien interpreta su vida seleccionando y organizando determinados acontecimientos, anécdotas, momentos de transición, escenarios, personas involucradas, explicaciones y justificaciones *ex post facto*, con los cuales va configurando una unidad de sentido. Estas “formas de relatar los acontecimientos tiene espesor sociológico en sí mismo, ya que puede apreciarse con qué elementos se arma la trama” (Meccia, 2011: 39).

En este sentido, los relatos de vida resultan propicios para dar cuenta de ese “punto de viraje” –también llamado “punto de inflexión” o “carrefour”- identificados por el sujeto, a partir del cual su biografía adopta un rumbo distinto o inicia una nueva etapa. Pero el interés no fue sólo identificar o describir esos momentos clave, sino más bien llegar a comprender qué llevó a esa persona a tomar ese camino y no otro, a dar ese cambio, en ese momento particular y en esa situación social específica (Kornblit, 2007: 23).⁴

En ese marco, quiero destacar que, a diferencia de las trayectorias de TyT vinculadas a la prostitución, las trayectorias de las TF no están estructuradas como una carrera moral (Goffman, 1963) sino más bien son heterogéneas y variadas. Para dar cuenta de ese dato empírico, me propongo dar cuenta de los distintos *recorridos*⁵ - categoría analítica que utilizaré para ordenar y presentar la información que recabé durante mi trabajo de campo en función de las regularidades como así también de las heterogeneidades que presenta esta trayectoria- donde mostraré las distintas experiencias de vida y las prácticas

4 En lo que hace a las técnicas de recolección de la información, las narrativas biográficas fueron obtenidas a través de la realización de entrevistas en profundidad con un tipo de contacto personal “cara a cara” y de modalidad semi-estructurada y, en ocasiones, no estructuradas (o conocidas también como entrevistas abiertas), generalmente como complemento de la observación en campo, privilegiando el *continuum* de libertad concedido ala entrevistada (Marradi, 2012). Éstas tuvieron como propósito no sólo la obtención de información referida a la sucesión de acontecimientos vividos sino también a la verbalización de una apropiación individual de la vida colectiva (Alonso, 1998). Las entrevistas fueron realizadas en su totalidad a través de la técnica conocida como bola de nieve, siendo fundamental (y hasta decisivo) para mi investigación acceder a los informantes a través de *otra persona trans*.

5 En este capítulo trabajaré con la idea de ‘recorridos’ para dar cuenta de las distintas situaciones, problemáticas, eventos e instancias que conforman esta trayectoria. Esto no significa que este capítulo agota todos los recorridos que caracterizan a aquellas transfeminidades cuyas trayectorias no estuvieron vinculadas a la prostitución, sino más bien que mostraré los recorridos heterogéneos que fui construyendo a partir de la información que fui recabando en mi trabajo de campo.

agentivas (Ortner, 2016) que ponen en juego para paliar las situaciones de desigualdad social que se les presentan.

Entiendo la agencia tal como la plantea Ortner (*Ib.*), como esa capacidad de de-sear, de producir “proyectos” y de llevar adelante prácticas para alterar y transformar el estado de las cosas. Esto implica, siguiendo a la autora, que la agencia constituye no sólo una forma de oposición o de resistencia a las relaciones de poder sino también la capacidad para encarar planes, tramas y proyectos vinculados al propio deseo.

Primer recorrido

Silencios

Las trayectorias de las TF que asumen su identidad de género durante la juventud –o al menos concluida la adolescencia– no se vinculan, generalmente, a la prostitución. Esto, a primera vista, pareciera resguardarlas de la cadena de vulnerabilidades múltiples que atraviesan a las TyT. Sin embargo, sus trayectorias se hallan signadas por un conjunto de *desigualdades sutiles* (Dubet, 2015) que adquieren un costo significativo en el curso de sus vidas.

Alma tiene 40 años y es oriunda de la provincia de Salta. Sin embargo, creció en la ciudad de Buenos Aires en un contexto familiar donde se discutía fervorosamente de política y se tematizaba abiertamente sobre temáticas socio-culturales contemporáneas tales como la despenalización de la tenencia de marihuana, el matrimonio entre personas del mismo sexo, la legalización del aborto, por mencionar algunas. Sin embargo, fue el *silencio* –consensuado tácitamente– sobre el malestar de Alma respecto de su identidad de género lo que caracterizó la dinámica familiar durante toda su etapa de crecimiento y desarrollo. Esto no es de extrañar puesto que, como dice Meccia (2006) el silencio y la invisibilidad es el precio “necesario” que deben pagar los homosexuales –y podemos hacerlo extensivo hacia las personas trans– para ser tolerados por los demás.

Ante la imposibilidad que Alma tenía de nombrarse en femenino atravesó su niñez y su adolescencia *acallando* y *reprimiendo* su expresión de género: “Ese silencio para mí fue devastador, lesionó mi autoestima y me convirtió durante años en una persona tremendamente triste y solitaria”, sostiene.

Fue recién a los trece años, y gracias a la intervención de una tía que se quebró la indiferencia hacia su malestar: “este chico está muy triste, hay que llevarlo a un médico”, rememoró Alma sobre los dichos de su tía. Así fue como su madre solicitó un turno con un médico pediatra conocido de la familia a donde Alma pidió asistir sola porque consideraba que podía ser la oportunidad de conversar con un profesional de la salud sobre las razones de su incomodidad vinculada a su identidad masculina. Recuerda ese momento como una gran decepción, puesto que lejos de resultar una instancia propicia para poder expresar lo que estaba padeciendo terminó por potenciar la culpa y los miedos que sentía por considerarse diferente a lo que se esperaba de ella. Así relata su experiencia:

Apenas traté con él [el médico] cayó en la cuenta de que yo era una mariquita. Y ahí nomás me dijo: “pensá bien lo que vas a hacer de tu vida, porque vas a terminar prostituyéndote y muriendo de SIDA por promiscuo [Entrevista de la autora a Alma, persona trans, Ciudad de Buenos Aires, Boedo, 23/3/de 2013]

Estas representaciones recuperadas y vehiculizadas en el discurso médico no resultan casuales. En *La invención de la sexualidad: el homosexual en la medicina argentina (1880-1930)* Carlos Fígari (2012) muestra el rol preponderante que tuvo la medicina –en alianza con el Estado - en las regulaciones sobre los cuerpos y la sexualidad a partir de la segunda mitad del siglo XIX, con el propósito de estructurar una ética ciudadana en consonancia con las premisas de “orden y progreso”.⁶

El campo médico, a través del movimiento del higienismo –aunque trasvasó en gran medida sus fronteras disciplinares impregnando los discursos sociales de diversa índole- fue quien estableció la frontera entre lo salubre y lo insalubre, a partir de mecanismos de vigilancia, control y cohesión social de la población en general y de la periferia desordenada en particular (Salessi, 1995:14).

Asimismo, en las aseveraciones del médico que atendió a Alma se advierte la pregnancia de las representaciones sociales dominantes sobre la homosexualidad y en particular sobre las TyT. En primer lugar, la naturalización y reproducción del vínculo entre travestismo / transexualidad con la prostitución (Fernández, 2004; Hiller, 2005, entre otros). También, la asociación de las personas LGTB –en particular varones gays y travestis - con prácticas sexuales promiscuas (Sívori, 2001; Meccia, 2006, Vespucci, 2011; Figari, 2012, entre otros) y, consecuentemente, su vinculación directa con el virus del VIH/sida (Pecheny, 2001; Barreda e Isnardi, 2004, entre otros).

No obstante, la medicina no fue el único ámbito de la salud en el que Alma se sintió mal tratada. Ya entrada su adolescencia, su hermana mayor le sugirió a sus padres que la llevaran a un psicólogo con el objetivo de que “entrara en razones y desistiera de esas ideas vinculadas a lo femenino”. Dado que después de varias consultas a distintos médicos, su tristeza y decaimiento persistían, ellos consideraron que un tratamiento psicológico podría ayudar a que “se curara”.

Pero tampoco funcionó. Ya en la primera sesión, ella se sintió defraudada y violentada por el mensaje que le transmitió su psicólogo. Le dijo que ella tenía la libertad de hacer lo que quisiera, de elegir cómo quería vivir su vida pero que supiera que si no cambiaba de parecer e insistía con portar una identidad femenina iba a ser considerado y tratado como un enfermo por el resto de su vida.

Alineada con el paradigma biomédico, la psicología ha contribuido a reproducir el sistema dominante sexo/género (Kitzinger, Wilkinson, Coyle y Milton, 1998), desde una perspectiva que concibe a las identidades trans a partir de la desviación y el trastorno (Missé y Coll-Planas, 2010). Este tipo de aproximación parte de considerar que estas identidades constituyen una ruptura con el desarrollo normal de

⁶ La idea de orden y progreso incluía una ética ciudadana como dispositivo de disciplinamiento e integración social de las masas y de las poblaciones migratorias. Estas masas debían ser “ordenadas” y convertidas en trabajadoras para incorporarse con éxito al proceso de producción capitalista.

una persona y por ende deben ser debidamente clasificadas, diagnosticadas y en la medida de lo posible, corregidas.

Una consecuencia directa de esta aproximación es la tipificación de las identidades trans como patologías mentales especificadas en los principales manuales del ámbito de la salud mental⁷. Estos manuales de diagnósticos constituyen los pilares en donde se cimienta –y de donde se erige– el proceso de patologización hacia las personas trans y su consideración como sujetos con trastornos mentales de diversa índole.⁸ Esto trae aparejado procesos de estigmatización y diferentes prácticas de discriminación que afectan en grados variados de vulnerabilidad su salud mental, traduciéndose en angustias, ansiedades o depresiones (WPATH, 2011), tal como muestra la experiencia de Alma.

Esto pone de relieve que el poder no sólo castiga y reprime lo que se desvía de la norma sino que también evidencia su potencia productiva (Foucault, 2002 [1976]), generando efectos de “verdad” allí donde se ejerce. En este caso, produciendo una tipología de patologías asociadas a las personas trans y cimentadas por “un régimen de verdad que postula cuáles serán las formas [y las identidades] de ser reconocibles y no reconocibles” (Butler, 2009: 37), y también las transgresiones tolerables.

El relato de Alma da cuenta de ello. Pese a los constreñimientos familiares, y a las sanciones recibidas por parte de los profesionales de la salud, ella se las arregló para encontrar lo que llamaré –inspirada en presupuestos foucaultianos– ciertos *espacios de fuga* en donde experimentar lo femenino. Durante su adolescencia, lo que más disfrutaba era ir a ver a Spinetta porque más allá del evento musical en sí, era el lugar donde ella se mostraba ante los demás con una identidad femenina.

Salía de su casa con la ropa holgada masculina que usaba –y que detestaba porque no la representaba– y en el pasillo de su edificio se cambiaba a escondidas: se ponía polleras de bambula y remeritas ajustadas al cuerpo que tomaba prestadas de su hermana menor –sin que ella supiera– y guardaba todas sus prendas en una mochila. También delineaba pronunciadamente sus ojos y los adornaba con sombras en la gama de las tonalidades terracota.

Y si bien esos momentos eran esporádicos, para ella fue una experiencia reveladora sentir que allí nadie la cuestionaba y advertir que podía agrandar y gustar a otras personas: “fue la primera vez que me sentí aceptada por los demás, algo que no me sucedía cotidianamente”, afirma Alma.

La historia de Victoria tiene algunos aspectos en común con la de Alma. Ella

7 Estos manuales de diagnósticos son la Clasificación Internacional de Enfermedades y otros Problemas de la Salud (CIE) de la Organización Mundial de la Salud (OMS) y el *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM) de la *American Psychiatric Association* (APA).

8 Desde hace décadas, organizaciones y colectivos de lesbianas, gays, travestis, transexuales, transgéneros bisexuales e intersexuales vienen trabajando y movilizándose con el objetivo de despatologizar a todas aquellas identidades sexuales y de género no normativas, sosteniendo que se trata de expresiones de la diversidad sexual (Pecheny, 2008) y no, como las conciben estas instituciones, enfermedades o trastornos mentales.

En la misma línea, y durante los últimos años, se viene llevando adelante la campaña *Stop Trans Pathologization* (STP) (<http://stp2012.info>) con el propósito de eliminar la categoría de “disforia de género” / “trastornos de la identidad de género” de los catálogos diagnósticos DSM y CIE.

nació en la Ciudad de Buenos Aires, creció en el barrio de Villa Luro, tiene 41 años y se identifica como una mujer trans. También tuvo que acallar su feminidad hasta llegar a su juventud porque su padre le había advertido que de ninguna manera iba a permitir que “un degenerado sexual” compartiera con él la misma casa.

Fue su abuela materna quien la alojó por un tiempo, y a pesar de no comprender nada de lo que Victoria intentaba explicarle sobre su género, la aceptó sin más como su nieta. Recién a partir de entonces, empezó a construirse como Victoria y eso la llevó a tener que lidiar con distintas situaciones adversas en el trato con las personas y en la vida cotidiana.

Una de ellas fue la dificultad para moverse en la vía pública. “El hecho simple y cotidiano de ir a comprar al supermercado implicaba constantemente el riesgo de ser detenida por la policía”.

Ellos [la policía] ni siquiera tenían que justificar que estábamos *haciendo escándalo* en la calle. Bastaba que una trans estuviera parada en la cola de la verdulería para que ese acto se leyera socialmente en clave de un hombre *disfrazado de mujer*, y eso resultaba motivo suficiente para que te levantaran [llevar detenida]. Eso me pasaba a mí cuando, por ejemplo, estaba en la parada del colectivo con un libro o con los apuntes [de la facultad] en la mano. Por el sólo hecho de estar ahí parada, eso podía ser considerado como *oferta de sexo* en la vía pública. Y así un par de veces me llevaron...Realmente era muy difícil y peligroso circular por la calle...no te creas que andábamos así frescas...teníamos que tomar recaudos para salir, y tener mucho cuidado para movernos (Entrevista de la autora a Victoria, mujer trans, Ciudad de Buenos Aires, Congreso, 5/6/2013).

Como da cuenta Victoria en su relato, las transfeminidades eran detenidas independientemente de que ejercieran o no la prostitución⁹ por eso debían manejarse con cautela ya que cada vez que circulaban por la vía pública corrían el riesgo de ser arrestadas por la policía y permanecer demoradas en las comisarías durante largas horas y hasta días, cualquiera fuera su edad, ocupación, o posición socioeconómica. Esto revela cómo el hecho de portar una identidad transfemenina era sinónimo de criminalidad (Sabsay, 2011).

⁹ Los edictos policiales constituyeron un conjunto de normas y disposiciones, que rigieron tanto en la Ciudad de Buenos Aires como en el resto de las provincias de la Argentina, según las cuales la policía provincial o federal podía reprimir y sancionar aquellas conductas no previstas por el Código Penal de la Nación pero consideradas “delictivas” y por consiguiente castigadas con penas como multas o arrestos. Entre los comportamientos sancionados se encontraban las figuras de la “ebriedad”, la “vagancia”, el “escándalo” y la “prostitución”. Fueron instaurados por decreto en 1956 durante el gobierno militar de Aramburu y tuvieron la particularidad de otorgarle mayor poder de arbitrio y de acción a las fuerzas de seguridad dado que no requería de la intervención judicial. Es dable aclarar que estos códigos violaban la Constitución Nacional, las constituciones provinciales, y las declaraciones, convenciones y tratados internacionales en materia de derechos humanos motivo por el cual fueron criticados y repudiados por los organismos de Derechos Humanos desde la vuelta de la democracia en el año 1983 y hasta su derogación (INADI, 2008) en el año 1996.

Algo similar le sucedió cuando emprendió la tarea de salir a buscar un trabajo, ya que, si bien su abuela la hospedaba en su casa con lo que percibía de la jubilación no le alcanzaba para mantenerse las dos. En aquella oportunidad, se presentó a una zapatería femenina de la zona de Morón donde estaban buscando una vendedora. Según indicaba el aviso: “con urgencia”. Cuando se acercó al mostrador y le entregó su cv al encargado del local, éste esbozó una risa burlona y le dijo que tal vez encontraría trabajo en el local de enfrente. Y le señaló una zapatería de hombres.

Ante la imposibilidad de un empleo formal, se las arregló haciendo changas: combinando el trabajo doméstico –limpiando casas y haciendo tareas de planchado- con la venta de productos cosméticos *Natura*¹⁰, y con eso juntaba dinero para aportar a la casa de su abuela y costearse sus estudios.

Estas situaciones nimias de discriminación que atravesaron tanto Alma como Vida pueden ser comprendidas y analizadas bajo el lente analítico de lo que se conoce como la teoría de la *microagresión* (Sue, 2010)¹¹. En este marco, las experiencias que atravesaron ellas al ser concebidas y tratadas como enfermas o “anormales”, y la desaprobación de su género autopercebido señalan una acumulación de microagresiones cuya exposición sistemática impacta negativamente en la salud mental y el buen desenvolvimiento psicológico de las personas (Wang et. al., 2011; Nadal, Griffin, et al., 2014) afectando su autoestima y, como consecuencia, provocando retraimiento y dificultades en las relaciones interpersonales.

Salvarse

Tanto para Alma como para Victoria estudiar y formarse fue siempre una prioridad. Ellas creían que obtener un título universitario y desarrollar una carrera profesional las iba a *salvar* del destino que tienen las TyT: vivir de la prostitución. Así fue como, pese a las desavenencias que se les fueron presentando, se propusieron sobrellevar las situaciones de incomodidad que experimentaron en la institución universitaria.

En el caso de Alma, estaba ilusionada no sólo con las expectativas que le generaba el ingreso a la carrera de Filosofía y el contacto con nuevos saberes (Blanco, 2012) sino también lo que podría suceder en términos de sociabilidad entendida como esa multiplicidad de acciones cotidianas que “de manera momentánea o duradera, consciente o inconscientemente, evanescente o con consecuencias nos entrelazan de manera ininterrumpida” (Simmel, 2002: 33) y van modelando la manera de estar con otros.

Sin embargo, una vez allí tuvo que lidiar con las vacilaciones de los profesores a la hora de realizar un parcial puesto que su expresión de género¹² no coincidía con

10 “Natura” es una empresa fabricante y comercializadora brasileña de productos de belleza y cuidado personal.

11 El concepto de “microagresión” fue acuñado en los años ‘70 para referirse a un marco específico de discriminaciones que involucra descalificaciones sutiles, agresiones inconscientes, intercambios no verbales y humillaciones. Este modelo, que en un primer momento fue desarrollado para trabajar diferencias raciales, luego se hizo extensivo a prácticas sociales que afectan al movimiento LGTB (Sue, 2010; Nadal, Rivera y Corpus 2010).

12 La cursada de la carrera fue previa a la sanción de la Ley de identidad de género sancionada en el año 2012.

los datos registrales y eso llevaba a que no la reconocieran como una alumna regular del curso.¹³ Algo similar le sucedía cada vez que se presentaba a la instancia de los exámenes finales dado que al mostrar su libreta universitaria o DNI el registro de su nombre masculino no coincidía con su apariencia física femenina y eso ponía en cuestión la autenticidad de su persona y como consecuencia las calificaciones que había obtenido durante la cursada de la materia a lo largo del cuatrimestre. “¿Éste sos vos? ¿Y cómo voy a corroborarlo?”, le preguntaban.

Estas situaciones de confusión e incomodidad que atravesaba Alma re-actualizaban de manera sistemática el “símbolo del estigma” (Goffman, 2012: 63), es decir, aquella degradante incongruencia de la identidad capaz de quebrar lo que de otro modo hubiera sido una imagen coherente, incidiendo de manera negativa en la valoración de su persona, generando el descrédito no sólo de su desempeño como alumna a lo largo del cuatrimestre sino también de su identidad social (*Ib.*) dentro de la Universidad.

También a Victoria la universidad le resultó ámbito hostil. En las interacciones cotidianas con los estudiantes, el trato que recibía oscilaba entre la intolerancia, el asombro desmedido por su condición trans, hasta la indiferencia hacia su persona. “Cualquiera de esas reacciones me lastimaban porque en todos los casos me hacían sentir el *bichajed* del lugar”.

En cualquiera de sus formas, la sensación de Victoria era ser constantemente observada por los demás, y eso la llenaba de vergüenza. Éste sentimiento, dice Simmel (1938), surge como una emoción enteramente social que se experimenta en el cuerpo subjetivo del yo.¹⁴

[la vergüenza]se origina cuando sobreviene una acentuación del yo, un aumento de la atención de un círculo hacia la persona, que a ésta le parece inoportuno. Por este motivo propenden los débiles y modestos a sentir vergüenza apenas se ven centro de la atención general (Simmel, 1938:161).

Así es como la mirada en exceso de los otros y la percepción como tal por parte del sujeto genera la sensación de exposición extrema, de visibilidad descarnada, actuando como un “espontáneo castigo a aquel que se ha salido del tono general en que todos deben mantenerse” (*Ib.*), en este caso, el hecho de encarnar esa *inde-seable* diferencia (Goffman, 1970).

De este modo, la vergüenza funciona como una especie de control y sanción social que atenta contra lo que se presenta disruptivo o fuera de lo habitual, señalando lo que el orden, en este caso, socio-sexual considera inapropiado; ese exceso de miradas genera una posición de centralidad que resulta, para quien la experimenta, perturbadora.

13 Si bien ella concurría regularmente tanto a las clases teóricas como a los prácticos, estaba registrada con su nombre masculino.

14 Es dable aclarar que el hecho de ser observado en demasía y su consecuente sentimiento de vergüenza experimentado por el sujeto va más allá del contenido o el motivo de su “realce”, puesto que el destacarse entre los demás muchas veces surge a partir de una característica sumamente positiva.

Por otro lado, las modalidades en que Victoria era aludida por parte de sus profesores/as dentro del aula también era otra de las situaciones que le generaban incomodidad. La llamaban con el nombre de varón que figuraba en su documento pese a las reiteradas aclaraciones y solicitudes que ella manifestaba sobre su identidad femenina y a los insistentes pedidos que hacía a los profesores, cada vez que iniciaba una materia nueva, con el propósito de que se respetara su verdadero nombre: el que ella había elegido para ser nombrada.

Lo que la ayudó a sobrellevar esas situaciones fue su inserción en una agrupación política universitaria y el vínculo que construyó con sus compañeros/as de militancia: “fueron mi sostén, y gracias a ellos me banqué ahí adentro [en la facultad] la indiferencia y los desprecios durante varios años”.

Tanto en la historia de Alma como en la de Victoria advertimos cómo la vida universitaria –campo de saberes, sociabilidad, política y actividades de extensión– constituye una instancia donde se busca reconocimiento al tiempo que se presenta imaginariamente como la alternativa para transformar la profecía que tienen las transfeminidades: vivir de la prostitución.

El reconocimiento o no de los otros, que se juega en los modos de interacción cotidiana a través de la mirada, la indiferencia, el desprecio, la incomodidad o la vergüenza (Todorov citado en Blanco, 2012) configura una dimensión estructurante del lazo social.

Y si bien Blanco (*Ib.*) sostiene que en la institución universitaria no se advierten prácticas tan marcadas de hostigamiento como sucede en la escuela (tanto en el nivel primario como en el secundario), lo cierto es que es necesario atender al peso que tienen estas formas de relacionamiento con las personas trans como modalidad regulatoria en los vínculos sociales y, en este caso, en una institución como la universidad, en tanto condicionan o posibilitan no sólo la sociabilidad sino también la continuidad o no en estas instituciones educativas. Puesto que si bien ambas tuvieron un excelente desempeño en su trayecto académico¹⁵, las dos abandonaron sus estudios por el malestar que les producía ser observadas, cuestionadas y deslegitimadas como alumnas por su *condición trans*.

Tanto el relato de Vida como el de Alma ponen de manifiesto biografías donde se articulan una serie de experiencias de vulnerabilidad, en el sentido que le otorga Pecheny (2016), y que en el caso de ellas tiene relación con la desprotección de su familia nuclear, la dificultad de acceder a una vivienda, las peripecias para conseguir un trabajo, las desventuras a las que se exponían cada vez que salían a la calle, es decir, que exceden a las cuestiones económicas, y que se van entrelazando con otros problemas sociales, culturales y subjetivos por el efecto dominó a lo largo de sus trayectorias.

15 Ambas me contaron que habían tenido un alto promedio en la carrera: una de ellas 9.60 y la otra 9.25.

Segundo recorrido

Luces y sombras

El efecto de contrastes que deviene de la iluminación de ciertos elementos al tiempo que se oscurecen otros fue lo que caracterizó las trayectorias vitales de Silvina y de Débora. Sus recorridos estuvieron signados por una gradación paulatina de situaciones en el que, en un juego de luces y sombras, fueron construyendo y expresando y dejando entrever sus identidades trans.

En el caso de Silvina, fueron las artes plásticas las que funcionaron como ese canal de expresión de “esa feminidad que no podía salir a la luz”, pero que vivía dentro de ella desde pequeña de manera recóndita. Durante la niñez, sólo en la intimidad de su cuarto –como la mayoría de las TF- y con dos vueltas de llave a la puerta la dejaba aflorar. Necesitaba recluirse y resguardarse de las miradas potencialmente sancionatorias para feminizarse.

Desde su temprana adolescencia se interesó por indagar y buscar información relativa a las preguntas que se hacía en torno de su género. Sabía de la existencia de las travestis y de lo que se decía respecto de ellas en tanto *sujetos desechables* para quienes la muerte resultaba una experiencia más fuerte que la vida (Martín-Barbero, 1993), y cuya única función social era “rebuscárselas sexualmente en la calle”. Esa representación sobre las travestis contribuyó, en gran medida, a *guardarse* y a percibir la dificultad que tuvo para asumirse como una persona trans como consecuencia del miedo que le generaba el lugar residual donde podía ser ubicada socialmente.

Fue por estos motivos que, durante treinta y siete años, vivió su identidad trans de manera clandestina. El arte, concretamente a través de sus dibujos, pinturas y esculturas, resultó el escenario privilegiado donde ella comenzó a expresar la mujer -tal como ella se autodefine- que es hoy. De este modo, en entreveradas pinceladas y trazos firmes guiados por su insistente deseo, Silvina se fue construyendo y visibilizando en esa superposición de figuras humanas donde al tiempo que lo masculino se encogía sobre sí, lo femenino afloraba y ganaba, de manera paulatina, protagonismo.

La historia de Débora se vincula con la de Silvina. Ella comenzó a tocar la guitarra a los diez años, al mismo tiempo que se inició a experimentar –también a escondidas- con ropas asignadas socialmente al género femenino. Su pasión por la música la heredó de su papá, quien falleció cuando ella era aún una niña.

A partir de ese momento, creció junto a su madre, su abuela y su hermano menor en una casa del barrio de La Horqueta, en la provincia de Buenos Aires. Allí concurre a un prestigioso colegio alemán del cual incorporó su condición trilingüe (dado que además recibía educación intensiva en inglés), que su madre reforzaba en su casa comunicándose con sus hijos en alemán para que no perdieran la práctica y su legado familiar.

Durante su niñez vivió una contradicción permanente porque tenía prácticas que aparentemente eran incompatibles: disfrutaba mucho de jugar al fútbol con sus amigos –y realmente lo hacía muy bien- y cuando llegaba a su casa buscaba el

refugio de la soledad de su cuarto para maquillarse los ojos y experimentar con la ropa de su madre. La tensión constante que oscilaba entre lo masculino y lo femenino fue una batalla que dio consigo misma durante casi toda su vida. Esa contradicción se complejizó a medida que fue creciendo, y en particular cuando comenzó a gustar y a salir con mujeres, puesto que no encontraba explicación a su insistente deseo de querer expresar el género femenino.

En su trabajo de investigación sobre personas trans Valentine (2005) muestra cómo el hecho de tomar consciencia de la desvinculación entre el sexo biológico y el género es vivenciada como una situación sumamente perturbadora, generando sensación de culpa y de angustia a la persona involucrada, sentimientos que, por lo general, se tramitan en una profunda soledad.

No obstante, no fue esa contradicción la que la hacía vacilar y postergar la expresión del género femenino, sino más bien era el miedo que sentía por las consecuencias que podría traer en sus relaciones sociales. Por un lado, temía ser excluida de su entorno familiar y quedarse desprotegida desde chica, al tiempo que le inquietaba, también, perder la estima y la amistad de quienes conformaban su grupo de pares. Por otro lado, estaba muy presente el discurso que circulaba en torno de las travestis y ella tenía claro que “no quería terminar trabajando en la Panamericana”.

Fue la música el lugar que Débora encontró para desplegar, de manera solapada, su identidad trans. A medida que fue creciendo empezó a construir una estética femenina que lucía tan solo arriba del escenario –a partir del uso de algunos accesorios como aros y pulseras, el uso de esmalte en las uñas de sus manos, y el delineador negro en los ojos. Tanto su familia como sus amigos lo interpretaban como parte del *glamcon* el que ella dotaba a sus espectáculos musicales, en consonancia con la excentricidad que por esos años portaba la exitosa banda musical Kiss, de la cual ella era una gran admiradora.

Lo que su entorno desconocía es que para Débora esa puesta en escena significaba mucho más que el espectáculo que ella montaba para ofrecer a su público. La construcción de esa estética fue el lugar que ella encontró para ensayar su feminidad aún con sus contradicciones –la convivencia de lo masculino con lo femenino– “sin necesidad de matar una para vivir la otra”, y también resultaron esos primeros pasos en el largo proceso de transformación y de visibilización como una persona trans.

Doble Vida

Asumirse como Débora le llevó casi cuarenta años, “porque cuando una está *guardada* todo el camino hacia la transformación siempre es más largo”. Fue un proceso que transitó “de a tramos”, es decir, de manera fragmentada e interrumpida, de acuerdo a los condicionamientos que le iba marcando su entorno familiar, su relación de pareja y sus obligaciones laborales.

A los 24 años conoció a Marina con quien se casó después de dos años de noviazgo. Todavía no había asumido su rol de género femenino, sino que lo reservaba sólo para su más profunda intimidad. Durante los primeros tiempos de la convivencia no encontró las palabras para explicarle a su pareja la contradicción en la que vivía desde chica: la tensión constante entre lo masculino y lo femenino.

Una noche cualquiera, mientras tomaban café en el living de su casa, a raíz de un informe televisivo sobre las travestis de los bosques de Palermo, Débora se animó a compartir con su pareja su secreto: su deseo insistente de feminizarse. Marina quedó atónita. Y no le dirigió la palabra durante algo más de tres semanas. Luego de ese primer shock, comenzaron muy lentamente a transitar juntas el camino de su feminización en el marco de ciertas negociaciones que entre ambas iban acordando.

Los primeros años Débora se manejó de manera muy cautelosa. “Yo siempre daba pasos atenta a cómo Marina se iba sintiendo”. Comenzó a frecuentar reuniones nocturnas de personas *crossdresser*¹⁶ donde experimentó la sociabilidad de su feminidad. Pero su expresión de género era esporádica: sólo se juntaba con ellos los días jueves cada quince días porque era esa frecuencia lo que había consensuado con su pareja: una visibilización parcial, paulatina y acotada a ciertos espacios.

En otros ámbitos de su vida seguía siendo Alejandro¹⁷. De lunes a viernes se desempeñaba como supervisor de jefes de máquinas en una empresa marítima alemana. Además de su trabajo rutinario en los buques mercantes portacontenedores, también oficiaba de anfitrión de la empresa y organizador de eventos cada vez que llegaba algún capitán alemán, dada su familiaridad con la lengua germánica.

Sostuvo ese trabajo durante diecisiete años pese a su desinterés en asuntos marítimos y a su descontento con el ambiente de trabajo (el cual ella define como sumamente sexista y misógino). Ella creía que si renunciaba nadie le iba a dar trabajo como Débora. Y sólo con el sueldo de Marina, quien se desempeñaba como maestra en una escuela primaria, no iban a poder mantenerse.

En la actualidad, sigue mostrándose, con gran parte de su familia, en su rol masculino, en especial con sus suegros quienes son personas muy mayores y, según Débora, no podrían comprender ni aceptar su expresión de género femenina. Con sus sobrinos dejó de vincularse hace ya un par de años porque su hermano –el padre de esos niños– prefiere ocultarla y preservar a sus hijos de su vínculo por temor a que sean discriminados y rechazados en sus ámbitos de sociabilidad (escuela, club, iglesia) por tener a una persona trans en la familia.

Tengo esa cuota de dolor, no voy a negarlo, por ser borrada de un plumazo por mi hermano, por privarme de ver crecer a mis sobrinos, por no poder ser yo misma con parte de mi familia...pero también es cierto que ya no podía seguir guardada y escondida como hice durante años... (Entrevista de la autora a Débora, Ciudad de Buenos Aires, Caballito, 5/8/2014).

También Silvina mantuvo una *dobles vida* hasta sus treinta y seis años. Durante su juventud se permitió indagar su feminidad cuando caía el sol dado que el efecto

16 Las *crossdresser* son hombres que cultivan la feminidad como valor en la estética visual. Se definen como hombres pero esporádicamente –dependiendo de cada uno– necesitan expresar su lado femenino, y que incluso muchas veces su objeto sexual son también otras mujeres. Para ampliar, véase Fígari 2008.

17 Este nombre ha sido modificado para preservar la identidad de la informante, por pedido explícito de ella.

de esas luces que se apagaban le resultaban liberadoras para ensayar esa mujer que llevaba adentro y que deseaba ser.

Con base facial preparaba su rostro para luego pincelar con color sus párpados en degradé. Delineaba con finos trazos su boca para engrosarla levemente y colocaba tonos pasteles que resaltaba con brillo labial. Así fue que comenzó a frecuentar, al igual que Débora, las reuniones de *crossdresser*lo que le permitió conocer y empezar a vincularse con otras personas trans. “Esa fue una buena instancia de ensayo, como una preparatoria”, sostiene Silvina. Pero con el correr del tiempo ella fue sintiendo que su feminidad debía salir de las sombras.

A la luz del día, y paralelamente a esa búsqueda identitaria, una vez que se graduó en la Escuela Nacional de Bellas Artes¹⁸ comenzó a desempeñarse como profesor¹⁹ de artes plásticas en dos escuelas de nivel medio—una privada y otra pública— Asimismo, empezó a dictar clases de dibujo y pintura en el taller de su casa, donde, tres veces por semana, recibe a distintos grupos de alumnos/as. Por entonces, en ambos espacios de docencia y a contrapelo de lo que experimentaba de noche, su expresión de género era masculina.

Esa alternancia de luces y sombras, materializadas en los momentos del “día” y la “noche” en el caso de Silvina implica un especie de disociación social de la personalidad (Meccia, 2003) que le permite, a diferencia de las TyT vinculadas a la prostitución o de otras transfeminidades que han asumido su género femenino de manera permanente, sostener sus espacios laborales, profesionales y sus relaciones interpersonales. Esta particularidad resulta un dato fundamental al momento de concebir las heterogeneidades que caracterizan las formas de desventaja social que atraviesan al universo trans, incluso dentro del género femenino.

También su producción artística deja entrever su transición. Uno de los días en que fui a su casa Silvina me invitó a conocer su taller. Un gran atril en una de las esquinas daba cuenta de que había estado trabajando hasta recién, dado que las pinceladas de acrílico sobre el lienzo aún estaban bastante húmedas. A su alrededor se encontraban dispuestos una gran cantidad de cuadros de diferentes tamaños colgados en la pared o posados sobre largas mesas de madera que formaban una “u” en la gran habitación. Al estilo de una vista panorámica recorrí lentamente todo lo que mi óptica podía captar. Lo primero que llamó mi atención fue la variabilidad en la forma en la que firmaba sus obras (GN-ANP-GNP-AP) Y le pregunté:

—¿Son todos tuyos?

— Todos, me respondió con voz firme. ¿Lo decís por las firmas? (Casi no alcancé a responder que inmediatamente agregó:) Ellas dan cuenta de mi largo proceso de represión primero, y de mi transición después.

—Cuando aún estabas experimentando...

18 Por entonces, la Escuela Nacional de Bellas Artes se llamaba “Prilidiano Pueyrredón”. Actualmente es el Instituto Universitario Nacional de Arte (IUNA).

19 Aquí me refiero a ella en masculino porque aún no había hecho su transición y ese era el rol que expresaba como docente.

—Cuando lo masculino y lo femenino, ambos dos convivían dentro mío. Yo era lo uno y lo otro, eso no puedo negarlo. Y mi obra da cuenta de esa tensión, expresa esa persona que estaba escindida en mi ser cotidiano y clandestino.

— ¿Y cómo hacías? Porque la firma es algo importante para el artista plástico...

—Lo que yo pintaba iba transformándose al mismo tiempo que yo, y jugando a *mostrarme y a ocultarme*. Así que por momentos tuve series artísticas donde firmaba con dos nombres distintos: una como el varón que aún era y otra como la mujer que dejaba salir de a ratos (Nota de campo, Ciudad de Buenos Aires, Colegiales, 24/09/2013).

En lo que concierne al ámbito de la pareja, durante ese último tiempo antes de asumirse como una persona trans mantuvo una larga relación con una bio-mujer (Preciado, 2008) de su edad con la que cada tanto entraba en crisis porque ella no toleraba la expresión de su sentir femenino. Se enfurecía cuando le planteaba que la maquillara o que la dejara usar su ropa interior en momentos de intimidad. Esas situaciones donde el deseo de Silvina colisionaba con las reacciones de su pareja resultaron esos *incidentes críticos* (Strauss, 1959) provocando ese *carrefour* o “punto de viraje” en su trayectoria, llevándola a asumir su identidad trans y a comenzar a recorrer el camino de su expresión de género femenina. Hoy Silvina vive como una mujer trans y dejó atrás su doble vida y se desempeña como profesora y artista plástica.

Hasta aquí pudimos observar cómo tanto Silvina como Débora llevaron adelante, parafraseando a Goffman (1970), formas diversas de ocultamiento del estigma que recae sobre sus identidades para resguardarse y a la vez prepararse para las potenciales situaciones de desventaja social. Para ello, desarrollaron elecciones prácticas (como formarse, desarrollarse profesionalmente, asegurarse un trabajo, entre otras cosas) con el propósito de “protegerse de los riesgos cotidianos” (Sheper-Hugues, 1992) que pudieran sucederse como consecuencia de su visibilidad trans, y eso postergó —consciente o inconscientemente— su *comingout*. En ese marco, la *doble vida* resultó una táctica privilegiada que les permitió ensayar su identidad femenina al tiempo que “calcular de la mejor manera sus posibilidades” (Gay, 1995) de acción para no cumplir la profecía transfemenina: vincularse a la prostitución, la violencia y la marginalidad. No obstante, esa elección conlleva un costo emocional: la imposibilidad de llevar una vida deseada y sólo poder expresar el género femenino en las sombras y de manera esporádica durante gran parte del curso de sus vidas.

La pregunta que sobreviene y se impone hasta aquí es ¿Hasta qué punto guardarse y prepararse para lo que vendrá (en todo los sentidos que ellas le otorgan a estas tácticas que desarrollan) las preserva y las salva de experiencias que las ubican en una posición desventajosa en la jerarquía social?

Tercer recorrido

Perder

Las historias de Cecilia (50 años) y Matilda (57 años) ponen en evidencia la capacidad de erosión que conlleva la dimensión del género –en este caso en particular vinculado a la condición trans- en las trayectorias vitales de las TF. No sólo otorgan entidad a los temores y a las fantasías que mis informantes manifestaron y que recogí durante mi trabajo de campo sino que también corroboran que, más allá de la edad o la posición socioeconómica, cuando algunas TF (las que se asumen en una edad adulta y avanzada) dan cuenta de su expresión de género comienzan a recorrer una escalera descendente que las lleva a perderlo (casi) todo. Este es otro de los recorridos que presentaré dentro de esta trayectoria.

La primera vez que entrevisté a Cecilia me recibió en su casa. Al entrar al comedor observé una mesa rectangular colmada de cables de interconexión, tableros de electricidad, módulos de sensores, dispositivos electrónicos, dos *notebooks* conectadas entre sí que según me contó ella estaba utilizando para armar circuitos de desarrollo de prototipos electrónicos. Mientras despejaba la mesa para que yo pudiera acomodarme, expresó con un tono irónico que desde que se había mudado de género [en relación a asumir su transexualidad] su trabajo se había trasladado a su casa (...) porque *el hecho de que no la vieran en persona [en relación a su apariencia] fue la única manera de conseguir trabajo de lo suyo*, así que con el tiempo se fue acostumbrando a estar encerrada en estas cuatro paredes, y a trabajar en soledad (Nota de campo, Ciudad de Buenos Aires, Once, 15/12/13).

Desde hace veintiséis meses, cuando fue despedida por su condición trans de una empresa multinacional de telecomunicaciones, Cecilia trabaja “forzosamente” –tal como lo expresa ella- de manera independiente, o mejor dicho, se las rebusca para conseguir –colega mediante-²⁰ alguna consultoría o trabajo vinculado a su especialidad: la electrónica. Esta pasión comenzó en la escuela secundaria en un colegio industrial de la localidad de Campana (provincia de Buenos Aires) donde ella vivía con su familia y que luego la impulsó a realizar un profesorado técnico en control automático industrial y microprocesadores en la escuela ORT Argentina. Una vez recibida, y mientras se desempeñaba como docente en distintos colegios industriales, comenzó la carrera de telecomunicaciones en la Universidad Argentina de la Empresa (UADE) donde obtuvo el título de Ingeniero²¹ en Electrónica. Luego de

20 En los distintos encuentros que tuve con Cecilia me comentó que las dos consultorías que consiguió fue gracias a una colega quien ofició de mediadora entre la empresa y Cecilia, y con quien compartió los honorarios por el trabajo realizado, dado que, como da cuenta su relato, sólo escondiendo su condición trans –pese a que tiene todos sus datos registrales acordes a su identidad femenina-, no logra acceder a un trabajo formal ni a ser contratada con su nombre.

21 Se hace referencia al masculino porque al momento de su egreso de la Universidad aún no había

recibida, ingresó a trabajar en una empresa donde se desempeñó, durante más de diez años, como una reconocida especialista en la materia.

Sin embargo, ni su experiencia laboral ni sus credenciales educativas (Bourdieu, 1997) fueron tenidas en cuenta ni resultaron lo suficientemente respaldatorias al momento de ser, primero, desafectada de sus tareas cotidianas y, semanas más tarde, despedida de su puesto de trabajo, una vez que expresó su rol de género femenino.

En *Las estrategias de la reproducción social* Bourdieu (2011 [1994]) señala que los títulos –tanto el escolar como el universitario– son al capital cultural lo que la moneda es al capital económico. Las titulaciones, al igual que la moneda, tienen un valor convencional, formal, jurídicamente garantizado motivo por el cual está exento de limitaciones locales o fluctuaciones temporales y, por tanto, no tiene necesidad de ser constantemente sometido a pruebas. Es por ello que esos títulos obtenidos definen *posiciones permanentes* (57, cursiva en el original) independientemente de los individuos (biológicos) que para esas posiciones se requieran.

No obstante, en el relato de Cecilia asumirse como una persona trans a los cuarenta y ocho años echó por tierra todas las titulaciones y tuvo un efecto devastador sobre su trayectoria profesional, lo que la condujo no sólo a una declinación de su lugar de prestigio en su ámbito laboral sino también de su posición económica.

Durante el tiempo que estuvo desocupada se gastó los ahorros para subsistir, pero cuando se le terminaron y ante la situación de no poder hacer frente al alquiler tuvo que abandonar el departamento en el que vivía; asimismo, el hecho de no contar con ingresos durante más de dos años la llevó a endeudarse con algunas amigas trans quienes, además, la alojaron cuando tuvo que dejar su casa.

Pero el trabajo y sus bienes materiales no fue lo único que Cecilia perdió como consecuencia de haber asumido su transexualidad, sino también los afectos: su familia y su pareja. Ella creció en el seno de una familia tradicional en la cual el modelo de la masculinidad hegemónica (Connell, 1995) era un valorpreciado. Resultaba impensable desafiar lo que su padre esperaba de ese hombre en formación que, sin que nadie lo supiera, cada tanto se encerraba en el baño para pintarse los labios y probarse las botas de caña alta de su madre. “Siempre supe que él [su padre] no aceptaría a esta persona que soy ahora, pero nunca imaginé que su reacción fuera tan extrema y definitiva”, sostiene Cecilia.

Al día siguiente que conoció la noticia de su transexualidad, el padre llamó al dueño del departamento que Cecilia alquilaba para retirar la garantía que le había prestado para ingresar a la vivienda. Desde ese momento, su padre nunca más le atendió el teléfono, pese a que sabía que ella estaba sin trabajo y sin un lugar donde vivir. Fue así como, a partir de una desconcertante indiferencia, fue perdiendo el vínculo con el resto de su familia (abuelos, tíos y primos).

Esa indiferencia cómplice, tanto en el ámbito familiar como en el grupo de las amistades, fue también una de las reacciones que provocó la transición de Matilda²² a los cuarenta y seis años.

asumido su identidad trans.

²² Su nombre fue modificado para preservar su identidad.

Ella nació y creció en el barrio de la Recoleta en el seno de una familia numerosa de profesionales y de clase media acomodada. Estudió, al igual que sus hermanos, en prestigiosos colegios privados –de Barrio Norte y Palermo chico- de la Ciudad de Buenos Aires, donde conoció a quienes la acompañaron en su crecimiento convirtiéndose primero en su grupo de amigos de un exclusivo club de rugby, y después en sus compañeros de vida.

A los 26 años se casó con Alejandra, actriz y artista plástica, con quien tuvo tres hijos: Gonzalo, Malena y Emilia;²³ todos ellos acompañaron a Laura en su transición y en la “transformación amorosa” –tal como la caracteriza ella- en la que devinieron como grupo familiar. Porque si bien a partir de su visibilización como mujer transexual se separó de su esposa –después de veinticinco años de estar juntos- siguieron funcionando como una familia.

Su pasión por la música la llevó a convertirse en una reconocida compositora, y artista musical, cualidades que le permitieron ganarse la vida con su profesión combinando la docencia y la dirección de coros, hecho que le permitió tener un buen pasar económico y un distinguido estilo de vida (Bourdieu 1988: 53-55).

No obstante, y a pesar de esta acumulación de capitales diversos a lo largo de su trayectoria vital, desde el momento en que asumió su transexualidad “se desmoronó todo”, afirma Laura.

Su familia de origen –la mayoría de ellos psicólogos y médicos- la tildaron de “demente”. Su madre se encargó de hacer circular entre sus conocidos que su hijo había tenido un brote psicótico, y hasta el día de hoy lo sostiene “Sin duda, prefiere decir que tiene un hijo loco que ser la madre de una mujer transexual”, enfatiza Matilda. A partir de entonces, se produjo un significativo y violento silencio familiar, tal como lo califica Laura, en torno a su transexualidad al punto de que ninguno de sus hermanos se acercó a ella para preguntarle y conversar sobre su proceso de feminización. En eventos o cumpleaños familiares se la sigue tratando como un varón “vestido con ropa de mujer” y continúan llamándolo con su nombre masculino. Esa indiferencia e invisibilización hacia ella en tanto Laura hizo que progresivamente dejara de asistir a las reuniones familiares. Pero lo cierto es que tampoco nadie la llamó para preguntarle sobre sus ausencias.

También Alejandra –su ex esposa- experimentó el vacío de sus parejas de amigos –con los cuales ellos dos tenían vínculo de hace más de veinte años- a raíz de la transformación de Laura. La gran mayoría de ellos no volvieron a llamarla ni a vincularse con ella. Y los que lo hicieron nunca más volvieron a preguntarle por él, es como si ella fuera la viuda de ese hombre que ha muerto para ellos.

La indiferencia y la negación de Matilda en el seno familiar y en su grupo de amigos puede ser leída, desde la perspectiva de las microagresiones, como una forma de *microinvalidación* (Sue et al., 2007: 278) que implica anular simbólicamente a la persona, causando sentimientos de angustia y tristeza como consecuencia del aislamiento al que es sometida la persona implicada.

Pero esa negación de su persona no sucedió únicamente en el plano de las relaciones interpersonales, sino también aconteció en su ámbito laboral. Desde el

²³ Los nombres de las hijas y del hijo fueron modificados para preservar sus identidades.

momento en que comenzó a vivir como Matilda al único lugar que seguía yendo como Ernesto²⁴ era al colegio donde se desempeñaba desde hacía diecinueve años como profesor de música y en el cual, además, tenía a su cargo la dirección de dos coros. Ella conocía la idiosincrasia del colegio –de formación tradicional y católica- y no quería correr ningún riesgo ya que de esos trabajos dependía la cobertura médica de sus hijos, y gran parte del sustento económico que ingresaba a la familia.

Pero un día cuando estaba en la farmacia donde habitualmente compraba la insulina para compensar su diabetes sintió que un hombre la fotografiaba con cierto disimulo. A los pocos días la directora del colegio la citó para hablar y le dijo que había rumores de que “andaba vestido de mujer por la calle”. En ese momento no tuvo otra alternativa que confesarle que era una mujer transexual, pero se encargó de transmitirle que no debía preocuparse porque seguiría concurrendo al colegio como Ernesto. Pese a ello, y a partir de entonces, para Matilda, nada fue igual:

Me pusieron una persona adentro del aula para vigilarme como si fuera a hacerle algo malo a mis alumnos, me corrieron de la dirección de los dos coros y me reemplazaron por otra persona, mis colegas docentes dejaron de hablarme, y los directivos me presionaron para que renunciara. Pero como no accedí, en el transcurso de ese mismo mes me echaron del colegio (Entrevista de la autora a Matilda, Ciudad de Buenos Aires, Once, 02/05/2013).

La indiferencia de sus colegas –con quienes había compartido más de quince años de docencia, e incluso con algunos de ellos había construido un vínculo de amistad- ante el proceso de segregación laboral (Tilly, 2000) que comenzó a experimentar una vez que la directora la enfrentó con su transexualidad, la fue sumergiendo en un estado de soledad y depresión. Pero, una vez más, no sólo fueron sus amistades quienes le negaron ayuda, también lo hizo su familia.

A pesar de las adversidades económicas a las que tuvo que hacer frente después de su despido – no sólo se quedó sin los cargos docentes sino que también perdió los dos sueldos que cobraba por la dirección de los coros-, sumado a la pérdida del status (Weber, 1969) que significó para ella el descrédito de su trayectoria artística, su familia de origen no le ofreció ayuda económica pese a que tienen una muy buena posición económica. “Sé que no puedo contar con ninguno de ellos porque simbólicamente es la manera que encontraron para desheredarme –aunque la ley no lo permita- y expulsarme de la familia”.

Sin perder de vista sus singularidades, las trayectorias de Cecilia y Matilda convergen en un punto central: al asumir su condición trans y al transitar de un status sexual (Garfinkel, 2006) a otro ambas ponen en cuestión lo que Bourdieu (2011 [1994]) dio en llamar las *estrategias de la reproducción social* o, dicho de otro modo, “cómo el capital va al capital” (Ib.: 44). De acuerdo a lo que postula el autor, las estrategias de reproducción no resultan una intención consciente y racional sino más bien tienen por principio las disposiciones del habitus que espontáneamente tiende a reproducir las condiciones de su propia producción. De este modo,

24 El nombre ha sido modificado para preservar su identidad.

las sociedades tienen distintas instituciones (la familia, la escuela, por mencionar algunas) y mecanismos (como la reproducción de capitales) para asegurar que las jerarquizaciones sociales y culturales se reproduzcan entre los grupos y las clases sociales.

No obstante, esta investigación muestra que los aportes de Bourdieu respecto de las estrategias de la reproducción social no explican las desventajas que atraviesan a las transfeminidades. Si hay algo que muestran estas historias es que el proceso de subjetivación trans posee un efecto erosionador en múltiples aspectos y dimensiones de las biografías, poniendo de relieve su potencial desacreditador, afectando considerablemente su nivel de vida, más allá del lugar que ocupe la persona en el espacio social. Porque, como pudimos ver, tanto Cecilia como Matilda provenían de familias de sectores sociales acomodados, y sin embargo ni esa posición de privilegio ni los capitales adquiridos impidieron el declive social que las ubicó en una situación de desprotección y vulnerabilidad.

Ante ese proceso de declive social, Cecilia, por su parte, fue ayudada por algunas compañeras travestis y transexuales quienes la recibieron en el hotel donde se hospedaban hasta que logró conseguir algunos trabajos de consultorías y volver a pagar un alquiler. Matilda, por su parte, se refugió en Alejandra y en sus hijos quienes la ayudaron a transitar esos momentos difíciles, y fue su ex esposa quien le salió de garante para que ella pudiera acceder a alquilar un monoambiente, haciendo uso de los ahorros familiares, hasta que de a poco se fue haciendo de alumnos/as particulares de música, canto y vocalización para mantenerse.

En este caso particular y con el propósito de “detener la caída” (Kessler y Virgilio, 2008) hacia una situación de mayor vulnerabilidad social y empobrecimiento, tanto Cecilia como Laura recurrieron a sus redes sociales –amistades trans y núcleo familiar íntimo respectivamente– para sobrellevar las desventajas que las atravesaban.

A la luz de los datos arrojados, podemos pensar este último recorrido como un proceso de movilidad social descendente. Este proceso consiste en una pérdida respecto de la posición –teniendo en cuenta la disociación analítica que plantea Bourdieu (1998; 2006) entre *condición* y *posición*– y que en el caso particular de Cecilia y Matilda se manifiesta en el declinamiento del capital económico, social, simbólico y podríamos decir también moral, porque, como hemos visto, y este último recorrido lo pone especialmente de manifiesto, de lo que se trata es, por sobre todas las cosas, de la portación de un estigma moral (Meccia, 2003) que opera profundamente como un vector desigualador que afecta todas las dimensiones de la vida social.

Comentarios finales

En este artículo me propuse dar cuenta de las trayectorias de vida de las personas transfemeninas no vinculadas a la prostitución, focalizando en las experiencias concretas de vulnerabilidad y desventaja social que las afectan, y mostrando qué hacen ellas para paliar y sobrellevar esas situaciones.

Como vimos, el *guardarse*, en sus distintos recorridos, constituyó para ellas, en principio, una práctica agentiva (Ortner, 2016) privilegiada que emplearon para

preservarse del *destino social* que tienen las TyT, donde la representación social que asocia a las personas trans vinculadas a la prostitución con la violencia, la marginalidad y hasta la muerte opera como el principal factor para postergar su *comingout*. El temor de saberse una persona estigmatizable (Goffman, 2012) las lleva a una situación de espera de su expresión de género y a experimentar su feminidad creando ciertos espacios de fuga y de vivencia de su deseo como, por ejemplo, los recitales de Spinetta en el caso de Alma o los shows que brindaba Débora donde ambas aprovechaban para feminizarse de manera camuflada ante las posibles miradas sancionatorias.

En el primer recorrido, signado por el *silencio* advertimos cómo las redes de sociabilidad cumplen un rol fundamental para sobrellevar una trayectoria marcada por distintas vulnerabilidades que se van articulando y potenciando en su recorrido: la indiferencia y el rechazo familiar, las situaciones de estigmatización y discriminación en la Universidad, la dificultad para encontrar un trabajo, la complejidad de las relaciones interpersonales y los inconvenientes para circular en el espacio público. Vimos cómo, en el momento en que se visibilizan, en una etapa clave como es el pasaje de la juventud a la adultez, su condición trans resulta un factor que las ubica en una posición de desventaja, en relación a otras personas cis-género²⁵ como hemos dado cuenta, al momento de presentarse a rendir un examen final de la facultad, o a la hora de ir a buscar trabajo, por ejemplo.

En el segundo recorrido, dado que se visibilizan aún más tarde, si bien no tienen dificultades para acceder a un trabajo o a una vivienda –porque lo hacen previamente a asumir su identidad de género– negocian con ellas mismas el costo emocional (momentos de angustia, depresión, estrés) que ese estilo de vida conlleva como consecuencia de vivir su transfeminidad en las sombras.

Llevar una *doble vida* es la forma que ellas encuentran no sólo para experimentar el género femenino sino también para vivir, aunque sea de manera esporádica y restringida a ciertos espacios, la libertad de su deseo íntimo y profundo, reprimido durante tanto tiempo. Esa forma de vida –donde convive lo masculino y lo femenino– les permite sostener sus lugares de trabajo y su desarrollo profesional, mantener sus niveles de vida, y sus relaciones sociales y afectivas.

En el tercer recorrido, que resulta como consecuencia de haber vivido *guardada* la mayor parte de sus vidas, les permite acumular recursos a lo largo de sus trayectorias, sin embargo eso no les garantiza un *comingout* con mayores ventajas, puesto que, como observamos, *lo pierden (casi) todo*. En todo caso, las mejores condiciones para hacer frente a las adversidades que se les presentan dependerá, una vez más, de las redes sociales que hayan construido y acumulado a lo largo de sus vidas.

Puesto que, como vimos, el hecho de guardarse no garantiza que una vez que expresan su rol de género la trayectoria vital esté exenta de situaciones de

25 Con el término “Cis” (Serrano, 2016) refiero a aquellas personas que se identifican con el género asignado al momento de su nacimiento, es decir, a las personas que no son trans. Los términos “cis” y “trans” son dos prefijos latinos que remiten a “de este lado” y “del otro lado” respectivamente (Blumer, Ansara y Watson, 2013).

discriminación, estigmatización, anulación de su persona y, hasta episodios de violencia. Más aún, ese conjunto de microagresiones que se presentan de manera constante y sistemática contribuyen, en gran medida, a retroalimentar esa otra profeía autocumplida: el castigo por encarnar una identidad sexo-genérica disidente.

Teniendo en cuenta lo antedicho, considero que existe un gradiente de visibilización trans que indica que a menor edad del *comingout* habrá mayores situaciones de privación y vulnerabilidad social, sin que ello signifique que quienes asumen su identidad trans a mayor edad tienen garantizada una mejor calidad de vida, o no estén atravesadas, luego, por distintas desventajas sociales, como hemos visto en las historias de Cecilia y Matilda.

En todo caso, lo que podemos decir es que, las trayectorias de vida de las TF están signadas por *otras formas de desigualdad* –distintas a las de las TyT– más nimias y sutiles de acuerdo a la etapa de la vida y a los distintos recorridos pero no por ello menos importantes o perjudiciales para quienes las padecen y las sufren. Ya que, muchas veces, esas desigualdades pequeñas o casi imperceptibles hacen las diferencias esenciales (Dubet, 2015) y determinan el curso de la vida entre las personas.

Bibliografía

Alonso, L. (1998). *La mirada cualitativa en sociología: una aproximación interpretativa*. Madrid: Fundamentos.

Álvarez Broz, M. (2017). ¿Cuánta (des)igualdad somos capaces de aceptar? Formas, mecanismos y relaciones de (des)igualdad en las personas trans de la Argentina contemporánea (1990-2015). Tesis de Doctorado en Sociología, IDAES-UNSAM, marzo 2017, Inédita.

Alvarez Broz, M. (2013). *Cuerpo indóciles, sexualidades disruptivas. La visibilización de las travestis y las transexuales en la televisión argentina contemporánea*. Córdoba-Argentina: RAM.

Barreda, E., & Isnardi, V. (2004). *Travestismo y prevención del VIH/sida: reacomodando algunos conceptos*. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Bertaux, D (ed) (1981) *Biography and Society. The Life-History approach*. Londres: Sage.

Bertaux, D. (1999). BERTAUX, D. El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades. . *Proposiciones*, 1-22.

Bourdieu, P. (1977). *La ilusión biográfica. Razones prácticas*. España: Anagrama.

Butler, J. (2005). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós.

Blanco, R. (2012). "Neutralizar o encarnar la vergüenza. Sociabilidad estudiantil y regulaciones sexo-genéricas en la universidad", en Jones, Figari y Barrón López (coord.). Buenos Aires: Biblos.

Blumer, Markie, Ansara, Gavriel y Watson, Courtney (2013). "Cisgenderism in Family Therapy: How Everyday Clinical Practices Can Delegitimize People's Gender Self-Designations", *Journal of Family Psychotherapy*, 24, pp. 267-285. <https://doi.org/10.1080/08975353.2013.849551>

Connell, R. W. (1995). *Masculinities*. Sydney: Allen & Unwin.

Dubet, F. (2015). *¿Por qué preferimos la desigualdad?* Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

- Fernández, J. (2004). *Cuerpos desobedientes. Travestismo e identidad de género*. Buenos Aires: Edhasa.
- Foucault, M. (2002 [1976]). *La historia de la sexualidad I*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Goffman, E. ([1963] 2012). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Garfinkel, H. (2006). *Estudios en etnometodología*. Mexico-UNAM: Anthropos.
- Kornblit, A (2007). Historias y relatos de vida: una herramienta clave en metodologías cualitativas. En A. L. KORNBLIT, *Metodologías cualitativas en Ciencias Sociales. Modelos y procedimientos de análisis*. (págs. 15-31). Buenos Aires: Biblos.
- Martin-Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. México: Gustavo Gili.
- Martini, S. (2000). *Periodismo, noticia y noticiabilidad*. Buenos Aires: Norma.
- Marradi, A. (2012). La entrevista en profundidad. En A. MARRADI, N. ARCHENTI, & J. PIOVANI, *Metodología de las Ciencias Sociales* (págs. 191-197). Buenos Aires: CengageLearning Argentina.
- Meccia, E. (2006). *La cuestión gay. Un enfoque sociológico*. Buenos Aires: Gran Aldea.
- Meccia, E. (2003). MECCIA, E. Cuatro antinomias para una sociología de las minorías sexuales. En M. e. MARGULIS, *Juventud, cultura y sexualidad* (págs. 155-174). Buenos Aires: Biblos.
- Meccia, E (2011) Los últimos homosexuales. Buenos Aires, Gran Aldea.
- Misse, M., & Coll Planas, G. (2010). *El género desordenado. Críticas en torno a la patologización de la transexualidad*. Barcelona: Egales.
- Nadal, K., & Rivera, D. y Corpus, H (2010). Sexual orientations and transgender microaggressions in everyday life: experience of lesbians, gays, bisexuales and transgender individuals. En D. SUE, *Microaggression and marginality: manifestation, dynamics and impact* (págs. 217-240). New York: Wiley.
- Ortner, S. (2016 [2006]). *Antropología y teoría social. Cultura, poder y agencia*. Buenos Aires: UNSAM.
- Pecheny, M. (2002). "Identidades discretas". En L. Arfuch, *Identidades, sujetos y subjetividades* (págs. 127-147). Buenos Aires: Prometeo.
- Pecheny, M. (2001). *Ciudadanía y minorías sexuales*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Pecheny, M. (2008). Introducción. Investigar sobre sujetos sexuales. En M. PECHENY, C. FIGARI, JONES, & D, *Todo sexo es político. Estudios sobre sexualidades en Argentina* (págs. 9-18). Buenos Aires: El Zorzal.
- Pecheny, M. (2016). En G. K. (compilador), *La sociedad argentina hoy. Radiografía de una nueva estructura*. (págs. 257-280). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Preciado, B. (2008). *TESTO YONQUI*. Madrid: Espasa Calpe.
- Reygadas, L (2008) La apropiación. Destejiendo las redes de la desigualdad, Antrhopos Editorial, México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2008.
- Sabsay, L. (2011). *Fronteras sexuales: espacio urbano, cuerpos y ciudadanía*. Buenos Aires: Paidós.
- Salessi, J. (1995). *Medicos, maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la Nación Argentina (Buenos Aires 1870-1914)*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo.
- Simmel, G. (2002). *Cuestiones fundamentales de sociología*. Barcelona : Gedisa .
- Simmel, G. (1938). *Cultura Femenina*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.

Sue, D. (2010). *Microaggression and marginality: manifestatio, dynamics and impact*. New York: Wiley.

Tilly, C. (2000). *La desigualdad persistente*. Argentina: Manantial.

Valentine, D. (2007). *Imagine Transgender: An Ethnography of a Category*. Durham and London : Duke University .

Wang, J. L. (2011). When the seemingly innocuous “stings”: racial microaggressions and their amo-
tional consequences. *Personality and Social Psychology Bulletin* (37) , 1666-1678.

Informes consultados

Informe preliminar sobre la situación de las travestis de la Ciudad de Buenos Aires. Buenos Aires: Defensoría de la Ciudad de Buenos Aires, 1999.

Sociabilidad, Política, Violencia y Derechos. La Marcha del Orgullo GLTTB de Buenos Aires 2004. Primera Encuesta. Carlos Figari et. al., Buenos Aires, Editorial Antropofagia, 2005.

Sexualidades, política y violencia. La marcha del Orgullo GLTTBI Buenos Aires 2005. Segunda En-
cuesta, Daniel Jones, Micaela Libson y Renata Hiller (ed.), Grupo de Estudios sobre Sexualidades,
Buenos Aires, Editorial Antropofagia, 2006.

Informe Nacional sobre la situación de las travestis, transexuales y transgéneros. Cumbia, copeteo
y lágrimas, LohanaBerkins, Buenos Aires, Asociación de Lucha por la Identidad Travesti-Transe-
xual, Buenos Aires, 2007.

*Las experiencias de atención médica y los cuidados del cuerpo en personas travestis/trans. Condi-
ones de vulnerabilidad al VIH-SIDA e ITS y problemas de acceso a la atención de la salud en personas
homosexuales, bisexuales y trans en la argentina*. Buenos Aires: Dirección de Sida y ETS, Ministerio
de Salud de a Nación Argentina, 2010.

*Informe de la Prueba Piloto de la Encuesta sobre Población Trans: travestis, transexuales, transgé-
neros y hombres trans*. Buenos Aires: Dirección Nacional de Estadísticas Sociales y de Población,
Instituto Nacional de Estadística y Censo (INDEC), 2012.

Informe Ejecutivo sobre Percepciones y experiencias sobre estigma y discriminación en poblacio-
nes trans, HSH y usuarios de drogas, Fundación HUESPED, 2012.